

PREGON DEL AÑO SANTO EN COMPOSTELA

POR
EUGENIO MONTES
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)
MCMXLVIII



TRES eran tres, como las hijas de Helena. Tres eran tres las romerías cristianas: a los Lugares Sacros donde nació, vivió, murió el Cristo; a Roma, del cristiano mundo cabeza; y a Santiago, donde nació el Occidente. Tres eran tres: y se llamaba peregrinación a la última: "In modo stretto non s'intende pellegrino se non chi va verso la casa di san Jacopo, o viede", precisa Dante en la "Vita Nuova". In modo stretto. Largos y angostos son los caminos del mundo; romería, la existencia.

"Id —había dicho la divina voz— y predicad a todas las gentes". Los apóstoles fueron artesanos errantes. No hay periplo más conmovedor que sus "Actas". Barca de Pedro. Nave incesante de Pablo, por bonanzas y procelas, con viento propicio o adverso, recaladas y naufragios. Esa odisea paulina se cumple en el horizonte antiguo. Su ámbito geográfico es el polisonoro mar de la historia clásica. Con luz sobrenatural ilumina el justo perfil del humanismo. Al Atlántico no alcanza directamente. Termina allí donde la Hélade posterior a la caída tartésica puso sus resignados mojonos. Pues un día, en la remota alba cretense, las columnas de Hércules habían sido clarines de ataque al Océano incógnito, pero desde la época cartaginesa señalaba un triste acabóse.

Por caminos de tierra, por calzadas firmes había ocupado el romano la península. Cuando la legión de Décimo Junio recibe orden de vadear el Limia y llegar al Finisterre, la soldadesca quiso desbandarse antes de cruzar lo que suponían el Leteo, río del olvido, de la pérdida del mundo. Un terrible temblor estremece la prosa de Tito Livio al narrar la llegada del procónsul al misterio del Océano. Entre ulular de vientos y el sufrir de las olas en las peñas, retrocedían los caballos, y los veteranos curtidors en cien campañas empalidecían cual difuntos; pues no les amedrentaba escita del desierto o herminio de la sierra, pero sí el sol hundiéndose en la lejanía infinita. Eso del "religioso horror" fué hacia el Finisterre, a donde Santiago vino con religioso amor.

El hijo del Zebedeo sintió la llamada del Oeste, el suspiro de estos vientos en que las almas pedían la luz y la gracia de la buena nueva. En una alta cumbre habitaba el dragón de la pagania druidica. Las piedras de los dólmenes sabían del gemir de la sangre humana en sacrificio a oscuras deidades de los bosques. Trajo su predicación, y cuando una tarde hierosolimitana los soldados de Herodes Agripa le dieron el contento del martirio, sus discípulos pusieron el cuerpo mártir en una barca, rumbo al país predilecto.

El desembarco fué en Iria, lugar de nombre ligur, llamado después El Padrón, por la piedra donde los marineros amarraron la barca apostólica. Enterraron la mármorea arca en un lugar solitario. O acaso hubo un culto, pero la hiedra fué cubriendo el túmulo. Ocho siglos orballaron del cielo melancólico hasta el glorioso día del descubrimiento. Brilla en los anales el júbilo de esa hora afortunada; resuena feliz en el gozoso latín del himno antiguo:

*Grande, foelix Hispania,
Loetis exultans mentibus
.....
Hic est ille magnificus
Qui post mortem sententiam
Navi deductor Iriam.*



CUATRO siglos antes por sus propias culpas, porque todo pasa en la tierra, y por el furor del bárbaro, se había derrumbado el Imperio, con dolor del orbe y de la urbe. En el Capitolio triscaban las cabras, mordiendo en el mármol sílabas de epitafios roídos, al triste son de un pífano. El Foro que escuchara la togada elocuencia de Marco Tulio, oía ahora albanés. En el Norte, aullaban los lobos; en el Rhin y el Mosa era siempre invierno. El Mediterráneo había perdido su memoria. El siroco del desierto cegara la luz de las ideas y la media luna segara el señorío clásico: figura y palabra, diálogo, comunicación.

Pero en el año 800, el Señor hizo dos milagros. El jefe de los francos, el rey de aquellos rudos hombres nórdicos, bajó a Roma, a arrodillarse humilde ante su pasado, y a consagrar su corona de hierro, recibéndola del Sumo Pontífice, la noche navideña. A la vez, en el Finisterre, en un campo olvidado y oscuro, pacen luceros. Por el cielo nocturno camina una plateada claridad: Gallaxia. Ese sincronismo de la coronación de Carlomagno y la resurrección del arca marmórica, merece ser destacado. Hay ahí como una armonía preestablecida. Ambas notas surgen paralelas, y paralelamente caminan como en el dis-canto, hasta que se compenetran y funden en un solo cantar. *Chanson de Geste*. Luchando y cantando, los héroes carolingios abrirán, por entre la morisma, camino: paso franco a Compostela.



SE sincronismo, decisivo para la suerte de la cristiandad, en el que late y se acusa el corazón de Europa, quizás ha dejado un eco en el propio nombre bautismal. Analizada con precisión etimológica, Compostela tanto puede ser *campus stellae* como *compositum*. Si la primer etimología esplesnde con el prestigio de las luminarias celestes, la segunda tiene una resonancia mental hermosa. Alude a lo bien dispuesto, a lo ordenado, vínculo que pone su acorde en lo vario y lo aprehende y configura en un sentido. Compostela sería así la bien compuesta, el punto en que la europeidad se compuso.

Falta le hacía. Jamás el mundo sufrió más pululamiento y desgarramiento anárquico. Entre la maleza y pobreza de los tiempos, sólo crece una feudalidad egoísta. Esos siglos se hallan bajo el signo del aislamiento y la dispersión. Aislados, en heroica y arisca soledad que nadie del norte europeo socorre, los grupos cristianos españoles. Dispersos, los barones transpirenaicos.

El temple de Carlomagno consigue un momento darle a la dispersión, compañía; y a la compañía, finalidad, objetivo. Venir a Compostela. Abrir el camino al Finisterre. Socorrer a los hermanos en apuro.

*Amors de terra lonhdana
Per vos totz lo cors mi dol.*

Sólo la altura del Emperador, su mano vigorosa, su mirada esclarecida por las estrellas santiaguas, pueden iniciar una misión así, de tan ancho, noble y luminoso horizonte. Cuando esa mano queda sin sangre y sus ojos son cerrados a la luz por la muerte, otra vez la floresta ululante y bárbara cubre el ecúmeno. Pero el gesto había sido tan poético que la poesía lo recoge; y, al trote del alejandrino, por San Juan de la Peña y Roncesvalles, los doce pares

*Entrerent en Espagne, et par pointe de lance,
conquisterent de Saint Jacques la plus mestre
[habítance.*

Al menos Roldán y Oliviero subieron por el Pirineo a la gloria:

Morz est Rollant, Deus en ad l'ame es cels.

Por ellos repican jubilosas cada 25 de julio las campanas de Compostela, y en la noche de vísperas, al quemarse en la fachada del Obradoiro la rosa de fuego de la cohetería, se adelantan los cohetes a saludarlos al paraíso:

Deus me confunde, se la geste en desment!



SPAÑA era entonces más peninsular que nunca, porque era isla en sí misma. Islote de San Juan de la Peña, islote astur. Naufrago, el pequeño grupo ovetense, agarrado al madero de la Cruz, vió en la luminaria jacobea que Dios le hacía señas de salvación.

Fué Payo, eremita, el primero en advertir la señal, cuando decía su misa en un lugar apartado y silvestre. Avisado el obispo de Iria Flavia, se preparó con ayunos y penitencias para acercarse, reverente, al milagro. Luego, apartaron la maleza. Poderosa vegetación encubría un pequeño edículo enlosado de mármol. La carta del Papa León III puntualiza que el Apóstol había sido enterrado en un templete, con altar, después perdido.

Acude, desde su parva corte ovetense, Alfonso II. Su virginal pureza merecía la gloria de que en su reinado aconteciese el prodigio. Los recursos del reino eran tan escasos que sólo fué posible erigir una iglesia modestísima, provisional. Pero con ancho territorio en torno. ¿Quién le pone puertas a la esperanza?

El señorío gallego comprendió la magnitud de su deber, a cuánto le obligaba su misión; y se entregó a la grandeza de la obra. Una familia ilustre en linaje, sabiduría y santidad, la de San Rosendo, vive a mayor gloria jacobea.

Entre acosos del Sur y del Norte, azotada por el viento arenoso del Islam y el pirático de los viquingos, tiembla y brilla la compostelana estrella. Viquingos, digo. Cuentan que en su vejez vió Carlomagno una flota remontando un río. Eran unos barcos dragonados con gentes terribles. "Temo por mi Imperio", dijo.

Venerunt normanorum, clamaban, aterradas, las crónicas de la época. De su furor libra San Rosendo a Santiago. Otro obispo, muere combatiéndoles, atravesado por una flecha. Un tercero, en fin, ora con tanta fe, que la escudra normanda se hunde ella sola.

Pero nada como la frenética algarada de Almanzor. El templo, arrasado. En la pila de agua bendita, abrevan, sacriligos, los caballos. El tumbo mismo sufre profanación. El obispo Pedro de Mezonzo lloraba fuertemente de sus ojos.

Era cerca del año 1000. Parece que en los ritmos cósmicos, en el palpitar de la Historia, los milenarios señalan el momento de máxima agonía. Nos acercamos al segundo de nuestra era. La misma desventura, iguales tribulaciones nos prueban. Para horas así dejó el obispo de Iria un consuelo. *Salve Regina*. De sus lágrimas, hizo arco iris. En medio del arco, un ruiseñor cantó. La primera golondrina, ¿de dónde vino? El Abril fué poco después del milenario. Sí, en el XI tuvo Europa su flor; su estío, en el XII; el fruto, en el XIII.



LA flor se llama *Chanson de Roland*, trovadores, vidriera, románico. Se llama Compostela. Peregrinando viene la cultura, decía el Padre Feijóo, como si intuyese en concreto lo que la investigación actual descubre: pues ha descubierto, con Bédier, que las gestas medievales son itinerarios de romería. Sus cantares cuentan pasos peregrinos; son en verdad ecos de bordones. Y los más sonados, aquellos que avanzan por las dos rutas francas a Compostela. Ahí, en las abadías donde los peregrinos se acogían, ahí se acunaron los epos.

Tres gestas hubo en Francia la guarnecida. La suprema, la del camino real a Santiago.

*N'ot que trois gestes en France la garnie;
Du roi de France est la plus seignorie.*

AI SANTIAGO, PADRON PROVADO, VOS M'ADUGADES O MEU AMADO!

Esa que hace sonar bronces de triunfo en Barbastró, cuerno de melancolía en Roncesvalles.

En el sitio de Barbastró participó con su huésped el Conde de Poitiers. En su palacio amanece la poesía lírica, literalmente la primer estrofa. Acaso también ese "dolce stil nuovo", ese Gay Saber tenga relación con el camino a Compostela; alivio profano de las jornadas sacras. Será casualidad. Pero yo no puedo ver un azar en el hecho de que, simultáneamente, cante el serventesio en el castillo provenzal de los héroes pirenaicos, en el arpa toscana colgada al hombro del peregrino Guido Cavalcanti, y en los atrios de las iglesias románicas de Galicia, desde la compostelana hasta las ermitas humildes, entre chirimías y panderos.



SE oye un ritmo de alborada: es del caballero Nuño Fernández Torneol:

[frías:

Levad' amigo que dormides as manhanas toda — las aves do mundo d'amor dizian, leda m'and'eu.

Responde la gaita de Xoan Zorro:

*Bailemos agora, por Deus, ai velidas,
so aquestas avelaneiras froilidas
e quen for velida como nos velidas,
se amigo amar,
so aquestas avelaneiras froilidas
verrá bailar.*

Tercia el Meendinho:

*Sedie — m'eu na ermida de San Simón
e cercaron — m'as ondas que grandes son,
en atendend'o meu amigo!
Estava na ermida, an'o altar,
e cercaron — m'as ondas grandes do mar,
en atendend'o meu amigo.*

Absorta, estática, no había advertido el paso peregrino del tiempo; ese tránsito a que el compostelano Xoan Airas es tan exquisitamente sensible, como leal a cuanto permanece y dura.

*Toda — las cousas en vejo partir
do mund' eu como soian seer...
mais non se pod'o coraçón partir
do meu amigo de me querer ben.*

¿Conocéis en la poesía universal ronda de mayor hermosura? Sólo la piedra compostelana.



Al historiador Kingsley Porter se le ocurrió un día comparar la topografía del arte románico y los itinerarios a Santiago: encontró que coincidían. Su tesis puede resumirse así: trazad en un papel algo húmedo los caminos de la peregrinación. Las líneas se extenderán en débil mancha a cada lado. Pues bien: ahí hay románico y sólo ahí, en todo el vasto mundo.

Esta tesis ha sido aceptada por la investigación. Es un hecho. Dentro de eso ya me importa menos discutir qué vino y qué volvió, o sea qué ha nacido a la ida y qué a

la vuelta. Lo decisivo es la perfección y ésta canta en la compostelana acrópolis de la cristiandad.

Es obra de la voluntad de dos obispos y dos artistas. Cuatro genios hicieron este Partenón católico. Los obispos: Peláez y el gran Gelmírez. Los artistas: el maestro de la Puerta de Platerías, y el de la Gloria.

Pocos conocen el nombre del maestro de Platerías: Roberto. Le costó a la investigación averiguarlo. Tanto lo había escondido. ¡Y pensar que nosotros firmamos un artículo! ¡Y pensar que Roberto vale bien Donatello!

Su David, preludia el miguelangismo de Mateo. Sólo que Buonarrotti era sublimemente atormentado; Mateo, sublimemente sereno, definitivo, como en sí mismo, en fin, eternidad lo hizo, como en sí mismo eternidad nos hace. Plenitud de la escultura; plenitud de los eros; juicio final de la luz siempre joven; alegría de la beatitud sin noche.

No hay, en nuestra rota época, prosa capaz de hacer honor a este apocalipsis de la sonrisa. Sólo los silogismos de la *Summa* que, desde su convento dominicano de la *rue Saint-Jacques*, en París, compuso el Ángel de piedra, teólogo de Aquino. Sólo los tercetos dantescos. O la misa al Papa Marcelo. ¿Por qué me falta coraje para añadir: o los compases del himno de los peregrinos flamencos?



DICE el Códice medieval: "Unos cantan al sonido de las cítaras, otros al de liras, otros al de tímpanos, otros de trompetas, otros de violas, otros de ruedas británicas y gálicas, otros de psalterios... No hay lenguas ni dialectos que no resuenen allí (en el santuario).

Las puertas de la basilica no se cierran ni de día ni de noche. Las tinieblas huyen del augusto recinto, que resplandece como el mediodía". Así, como en el doscientos será este estío, en el gran día meridiano del año santo. El universo de lenguas y dialectos cabe en la majestuosa plaza del Hospital. Ahí, a demostrar a los particularismos cuán ancho es el mundo; y a los tiempos, que la plenitud de lo eterno ningún viento se la lleva. Pues lo que el viento se llevó fueron tres carabelas. El viento del Santo Espíritu. El de los peregrinos que desde lo alto del Pico Sacro ponían en el cielo su hermoso grito: ¡Ultreya!

*Herru Santiago! Got Santiago — Eultreya,
enseja! A esa invocación respondió el eco con la noticia del descubrimiento de América; y responderán este año santo los que, bien nacidos, vengán a darle su fervor al patrón, el 25 de julio, ante el Obradoiro.*

Los caminos del mundo son infinitos. Pero en Europa sólo se entra —ho, americanos— por una puerta: la del maestro Mateo, El Pórtico de la Gloria.

*Ai Santiago, padron provado,
vos m'adugades o meu amado!
Sobre mar ven quen frores d'amor ten.*

E U G E N I O M O N T E S
(De la Real Academia Española.)